
B. Antela-Bernárdez, *Apología de Olimpia de Épiro: Tres ensayos críticos*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2021, 136 pp. [ISBN 978-84-7882-872-2].

El profesor Borja Antela-Bernárdez ha mostrado a lo largo de su dilatada y prolífica carrera un profundo compromiso con los estudios de género, ya que el autor entiende que “las mujeres de nuestro tiempo, como aquellas que nos precedieron antes, no han tenido las mismas oportunidades que aquellos que nos definimos en masculino” (9). Esta idea ha podido verse en trabajos anteriores como “Vencidas, violadas, vendidas: mujeres griegas y violencia sexual en asedios romanos”¹. Borja Antela-Bernárdez nos sorprende ahora con un pequeño, pero intenso, libro sobre Olimpia² en el que combina los estudios de género con su gran especialidad: Alejandro Magno. Con anterioridad había dirigido una tesis en la que se hablaba de esta ilustre personalidad del mundo antiguo³. Ahora nos ofrece sus opiniones fruto de años de trabajo e intensa investigación, en un libro dividido en tres ensayos, que al contrario de lo que podría pensarse, están conectados entre sí por una idea común: desmontar la idea negativa que se tiene sobre la madre de Alejandro Magno.

El libro se inicia con un prólogo (9-12) en el que el autor escribe con una sinceridad que emociona al lector y en el que vierte elogios a las mujeres que más han influido en su vida y su trayectoria (su madre y su abuela). También deja constancia desde el principio de sus objetivos: dar justicia a un personaje histórico generalmente vilipendiado por nuestras fuentes. Esta obra se nos presenta como una apología, semejante a la que en su momento escribiese Platón para Sócrates o la que M. Bloch (1886-1944) publicó póstumamente (1949) para ensalzar el oficio del historiador.

El libro se vertebra en tres grandes ensayos, siendo el primero de ellos “Terrible Olimpia: un estudio en método” (13-60). En este primer capítulo se analizan las opiniones que la historiografía ha tenido sobre Olimpia del Épiro. Desde las de U. Wilcken (1862-1944) que la definía como una mujer de raíces bárbaras, de temperamento salvaje y naturaleza demoníaca. Son estas emociones las que llevaban a Wilcken a considerar a Olimpia como la culpable del asesinato de Filipo II y a exculpar a Alejandro: “El inocente Alejandro y la sangrienta, implacable Olimpia” (21). Este pensamiento encaja con una corriente historiográfica que había identificado a los griegos con lo racional y a los bárbaros con su opuesto. Esa es la vertiente predominante en otro gran historiador de Alejandro como J. G. Droysen (1808-1884) que representó a Olimpia con los tópicos propios de una *femme fatale*. Mostrando a su vez una valoración monógama sobre la poligamia de los reyes Argéadas. Estas mismas opiniones fueron compartidas por W. W. Tarn (1869-1957) quien consideró responsable del asesinato de Clito, no a Alejandro, sino al “son of Olympias” (30). Estos juicios de valor continúan con otros historiadores de la talla de G. Cawkwell, R. D. Milns, P. Green, R. Lane Fox, P. Cartledge, N. G. L. Hammond y A. B. Bosworth.

¹ B. ANTELA-BERNÁRDEZ (2008): “Vencidas, violadas, vendidas: Mujeres griegas y violencia sexual en asedios romanos”, *Klio* 90.2: 307-322.

² Hemos optado por mantener el término Olimpia en lugar del de Olimpiade, ya que es el que usa el autor a lo largo de su libro.

³ C. ZARAGOZA SERRANO (2017): *Las mujeres y Alejandro. Estudio de las figuras femeninas alrededor de la vida del conquistador macedonio*, [Diss.], Universitat Autònoma de Barcelona.

Todos estos autores explican la personalidad de Alejandro como el resultado de la combinación de las personalidades de sus progenitores. Tras pasar revista a los numerosos pasajes citados, Borja Antela-Bernárdez concluye que “resulta evidente cómo Olimpia, y los retratos históricos elaborados sobre ella, afectados de apriorismos y conceptos modernos, no sólo sirve para construir imágenes poco elaboradas y arquetípicas de Alejandro, sino también de las mujeres en la historia, y de las formas y relaciones de los modelos de género, para su perpetuación en la actualidad” (60).

El segundo capítulo es titulado “Soñando con Olimpia: Euxenipo y la copa de Higía en Atenas” (61-86), que se centra en la dedicatoria de una copa a la diosa de la salud (Higía), por parte de la reina del Épiro, que es mencionada por Hipérides en su *Contra Euxenipo*. Para Antela-Bernárdez es muy posible que exista “algún tipo de vínculo entre los sucesos derivados de la visita de Alejandro a Siwah y la injerencia de Olimpia en materia religiosa en Atenas” (71). Se infiere que el debate tuvo que tener lugar antes del 324 a.C., posiblemente en el 327 a.C., cuando Alejandro intentó introducir la *proskýnesis* en su corte y una gran hambruna sacudió el mundo griego (77). La posibilidad “de que el rostro de la estatua de Higía fuese en realidad el de Olimpia está claramente relacionado con la mención de la restauración del rostro de Dione por los atenienses en Dodona” (85), una divinidad que al igual que Olimpia solía estar relacionada con serpientes. En cualquier caso, fuese la estatua una representación de Olimpia o de Higía, tuvo “como significado la intención de visualizar el papel de la dominación macedonia como suministradora de grano, como veíamos en el Edicto de Cirene, y por tanto, de salud y alimento, a Grecia” (86).

El tercer capítulo, “La buena esposa” (87-122) tiene por objetivo poner en entredicho la leyenda negra que pesa sobre Olimpia. Borja Antela-Bernárdez llama nuestra atención sobre pasajes en nuestras fuentes en los que se compara positivamente a la epirota con Cornelia, un modelo de buena esposa en la antigüedad (Plu. *Mor.* 243D). Esos textos contrastan con otros fragmentos en los que se representa a Olimpia como una ménade, una bruja y experta en el uso de *pharmaká* (drogas) (cf. 92). Se trata, en suma, de la imagen de una mujer temible capaz de infundir el miedo entre los hombres. Una imagen que ha sido creada a partir de otra princesa extranjera y experta en *pharmaká*: Medea (112), cuya tumba estaba curiosamente en el Épiro (Solino 2.28). A continuación, el autor ofrece la aportación más original que se ha hecho probablemente sobre Olimpia en los últimos años al darnos una nueva lectura del pasaje de Plutarco (*Alex.* 77.7-8). El autor nos recuerda que *pharmaká* tiene un doble significado: medicina/veneno. Dado que existió una profunda relación entre los Eácidas con la medicina (Aquiles y Pirro) e incluso que sabemos que Alejandro fue un curador, no es descabellado inferir que sus conocimientos médicos le viniesen de su linaje materno y, en consecuencia, que la propia Olimpia tuviese conocimientos en el arte de la sanación. Un hecho que el autor ha plantado con anterioridad en la mente de los lectores al explicar la relación entre la reina y la diosa de la salud (Higía). Los capítulos del libro, aparentemente inconexos, se han distribuido hábilmente para reforzar esta tesis.

Estas conclusiones entran en contradicción con las valoraciones personales de los historiadores de Alejandro que pudimos leer en el primer capítulo. De este modo, el autor concluye con suma lucidez que “no sólo no es justo, sino que tampoco es nuestra tarea, como historiadores, ser servidores fieles de moralidades y excéntricos árbitros de las costumbres. No somos censores romanos, al cargo de la virtud colectiva, ni nunca debimos serlo... Cuanto he expuesto en las líneas anteriores es un intento de poner de manifiesto que cuanto sabemos de Olimpia está condicionado, no es equitativo, la información es sesgada, oscura y no responde ni a la realidad ni a los hechos... Olimpia merece ser exonerada, restaurada, y observada en su propio contexto” (121-122).

En conclusión, podemos decir que frente a recientes monografías y novelas que gustan de repetir los mismos tópicos y clichés sobre esta extraordinaria mujer hasta el hartazgo, con la única finalidad de alimentar la sed de chismorreos del gran público, podemos decir que Borja Antela-Bernárdez ha puesto aquí un montón de palabras a muchos silencios que existían sobre una de las personalidades femeninas más maltratadas de la historia. Una labor que honra y dignifica el oficio del historiador.

ANTONIO IGNACIO MOLINA MARÍN
Co-Director of Karanos
miprofeignacio@hotmail.com
